

do todas las dificultades, y nos lleva tras de sí á su sombra y amparo, para que ninguno desmaye con tan divina compañía. Ea, alma, ya con esto me parece que te debes animar. Si el Señor te llama para la cruz y trabajos, abrázalos con amor, y dale gracias por la singular merced que te hace, puesto que te pone en el mismo camino que él tuvo por bien de andar por ti, que es el camino real de la gloria, y ninguno anda por él solo; que como quiera la compañía del Señor, sin duda la tendrá, porque de ese camino jamas falta su divina Magestad, ni faltará jamas al que por su amor se entra por él, como lo ha dicho, que con los suyos está en la tribulación.

328. Considera cómo caminando el Señor con su cruz, ayudándole el Cirineo, le seguía una multitud grande de hombres y mugeres, y estas lloraban amargamente la muerte y trabajos del Señor. Oyó su divina Magestad el llanto, y volviéndose á ellas, les dijo, que no llorasen por su pasión y muerte, sino que las lágrimas las derramasen por sí y por sus hijos, porque vendrían días por ellas, en que dirían: bienaventuradas las estériles que no tienen hijos, y los vientres que no engendraron, y los pechos que no criaron: entónces diréis á los montes, que vengan encima de vosotras, y á los collados, que caigan y os sepulten; porque si en el árbol verde se hace esto, ¿qué será en el seco? Estas son las palabras que dijo el Señor en aquella ocasion, en que iba tan fatigado, y son dignas de eterna memoria, y que ninguna te quede que no consideres y medites con particular atencion, por ser todas de altísima doctrina: porque si los consejos que los padres dan á los hijos estando para morir, quedan perpetuamente en su memoria; mucha mas razon será que estas palabras de nuestro Salvador, aunque no fuera por otra razon que por haberlas dicho estando tan cercano á la muerte, vivan eternamente en nuestras memorias, y así, para cerrar esta consideracion, advierte lo primero, como aquí manifestó el Señor su divinidad, y que solo hacian sus enemigos contra su divina Magestad lo que él les permitia, y padecia cuando y cómo queria; pues no obstante la furia con que le llevaban, y el tropel tan desatinado, así que el Señor quiso parar y hablar, paró, y habló lo que quiso, sin que nadie le fuese á la mano. De donde debes sacar un motivo de grande amor para este Señor, que nada padeció violento, sino de su voluntad y amor. Cuanto padece, lo padece porque quiere,

que si no quisiera, nada padeciera: aprende tú á padecer algo voluntario por él. Considera lo segundo cuán poderosas son las lágrimas derramadas, compadeciéndose de las penas del Señor: pues aun yendo su divina Magestad como iba, casi muerto, le hacen volver aquellos ojos divinos á mirar y enseñar á quien llora: ¿qué hará con las lágrimas, que perfectamente se derraman, si tanta fuerza tienen las imperfecciones! ¿Qué no alcanzarán las que proceden de verdadera compasion, acompañadas de grande amor, y de mucho agradecimiento de tantos beneficios!

329. Considera en aquellas palabras: no lloreis por mí, sino por vosotras, y vuestros hijos. ¿Mira qué piedad! Va el Señor en aquella forma tan lastimosa, que puede mover á llanto á las piedras, y sin atender á sus penas y afrentas, se compadece del mal de aquellas mugeres, y les dice: hijas de Jerusalem, no lloreis por mí; como si dijera: no penseis que mi mal es el mayor del mundo: mirad que el vuestro es mayor, y mas digno de compasion y lágrimas: el mio es mal de solo el cuerpo; pero el vuestro es del alma, porque así vosotras, como vuestros hijos, quedais en pecado: este es el mayor sentimiento, y esa la mayor lástima. ¿Qué pensais que me lleva á mí tan afligido, sino la perdicion de vuestras almas por las culpas? Llorad, pues, las culpas, y sálvense vuestras almas: llorad interiormente en el corazon, que ese es el mayor consuelo que me podeis dar, y con eso me aliviaréis mis penas y dolores: para que veas, cristiano, cómo nuestros males eran los que le afligian, nuestros pecados los que le atormentaban, y nuestra perdicion la que le llevaba en tantas congojas, y no los propios tormentos de su divino cuerpo, ni la crueldad de sus perversos enemigos. ¡O bendito sea tan grande amor y misericordia! El ver mi perdicion es su mayor tormento. Esto le aflige mas que toda su pasión: este sí que es amor: esto sí que es amarme mas que á su vida. Y así, alma cristiana, llora tus culpas, llora tu perdicion, que así llorarás el mayor de los tormentos de tu Dios; y así, compadeciéndote de ti, te compadecerás de su mayor dolor, y le servirá de consuelo tu llanto. Llorad, pues, tus culpas con amargura de tu corazon; porque ellas atormentan á tu amante y divino Maestro, mas que todos los verdugos.

330. Considera segunda vez las dichas palabras: no lloreis por mí, llorad por vosotras: llorad vuestros males, que son mayores que los míos: no lloreis mis males, que se aca-

barán dentro de pocas horas: llorad los vuestros, y de vuestros hijos, que durarán eternamente: no lloreis mis tormentos ni mi muerte, porque por ellos voy á la gloria de mi Padre: llorad vuestras culpas, que os llevan á la eterna perdicion: no lloreis mi pasion, como dañosa para mí: lloradla, porque lo ha de ser mas para vosotros, por no aprovecharos de ella, como debiais: á mí me lleva al descanso eterno, y para vosotros será ocasion de la eterna condenacion: la que á mí me lleva á la gloria, á vosotros os ha de llevar al infierno; y así llorad con tiempo vuestro inhumano sacrilegio; porque si no, la pasion que ahora llorais en mí, la lloraréis eternamente en vosotros. Atiende, cristiano: mira como el Señor te quiere primero ver penitente que devoto; primero quiere ver en ti lágrimas de dolor, que llanto de devocion y ternura; y así llora primero sobre tu alma muerta, y luego llorarás sobre tu Señor, á quien tu alma dió la muerte pecando.

331. Considera cómo el Señor les dijo las tribulaciones futuras, profetizándoles los males y calamidades temporales y eternas, para traerlos al temor de la perdicion, á que quedaban expuestos por el pecado que hacian en quitarle la vida, para que con tiempo se prevengan y hagan penitencia, y así puedan escapar. ¡O entrañas de infinita piedad! Mira por aquí como le duele mas la perdicion de sus enemigos que la propia muerte; y así les habla, como diciendo: siento que lloreis por mí, que voy á mi Padre, y no lloreis por vosotros, que quedais cargados de grandísimas culpas, expuestos á grandísima ruina; y así sabed, que ha de sobrevenir una calamidad tan grande sobre vosotros y vuestra ciudad, que por los terribles males, estragos y muertes, y por el inaudito aprieto en que os habeis de ver, clamaréis y diréis las que teneis hijos: bienaventuradas las que no han parido, ni han criado, que esas no tendrán el dolor de ver despedazar delante de sí á sus hijos, y aun de verlos asar y comer á sus ojos. Entonces se tendrá por bienaventurado el que pudiere huir á las cavernas de los montes; y las que estuviéren preñadas y criando no podrán huir por la carga de los hijos, y con ellos perecerán: y los que huyeren tendrán tanto miedo, que ni aun en el desierto se tendrán por seguros, y estarán deseando que los montes se les vengán encima, teniendo por mejor una muerte repentina, que ver tantas y tan prolijas. Considera, pues, cristiano, esta clemen-

cia y esta misericordia tan sin medida, que olvidado el Señor de sus trabajos, afrentas y dolores, se pone muy despacio á ponderarles á aquellas piadosas mugeres los males futuros, para que ellas no perezcan con los que eternamente habian de perecer de aquella ingrata nacion: mira cuán poderosas son para con su misericordia las lágrimas: toma tú ahora para ti toda aquella doctrina, y acomódala al trance de la muerte que te espera, y mira no te coja cargado de tu carne, criando, fomentando y alimentando sus hijos, que son los afectos carnales. Llorá con tiempo tus culpas, y toma este aviso como de tu Dios, que te lo da estando para morir, y guárdalo en tu corazon.

332. Considera en las otras palabras que dijo el Señor: si esto se hace en el árbol verde, ¿qué se hará en el seco? Piensa y considera con San Buenaventura, que en estas palabras te enseña el Señor á meditar y considerar en su santísima pasion, y mira que es doctrina y consejo como suyo. Aquellas mugeres le miraban cargado de penas y tormentos, y no paraban en llorar y derramar lágrimas de compasion; y su divina Magestad, que quiere que de semejantes consideraciones saque provecho el alma, y no se contente con la dulzura de las lágrimas, les dice que pasen á ver la causa de sus tormentos, de su cruz, y de su muerte, y la razon por qué padece; como si digera: quien me puso en tantos trabajos es la justicia de mi Padre, y la razon porque así me aflige son vuestras culpas, por haberme hecho cargo de satisfacer por ellas. Atended, pues, y considerad cuán rigurosamente las castiga en mí, no habiéndolas yo cometido; y luego sacad por conclusion cómo las castigará en quien las hizo. Si tanto se enoja su justicia contra su Hijo, ¿qué enojo será el suyo contra los viles esclavos? Si tal estrago hizo el brazo de su justicia en el Arbol de la vida, siempre verde, por la suma santidad y virtudes, ¿qué hará en el árbol de la muerte, seco y marchito con el ardor de concupiscencia, y con el fuego de los malos deseos, vicios y pecados? Aquí debes concebir un temor grande de la divina Justicia, un grande horror á los pecados, y un grande dolor de haberlos cometido, y pedirle al Señor el llanto que te manda hacer sobre ti mismo, y llorar de dia y noche tu mala vida, tu ingratitud y mala correspondencia á tantos y tan grandes beneficios: este quiere que sea el fruto de tu oracion.

333. Considera cómo habiendo el Señor hablado estas

razones, y enseñado á aquellas almas piadosas la doctrina que has oido, como usando de su divino poder, detuvo y puso en silencio á sus enemigos mientras hablaba: ahora les da licencia para que prosiguiesen con su crueldad. Imagínate tú que los ves, y que habiendo hablado el Señor, se miran unos á otros, y se reprehenden, y dicen: ¿qué es esto? ¿qué hacemos aquí? ¿cómo nos paramos y dejamos á este embustero que predique sus engaños, y que esté profetizando la ruina de nuestra ciudad y de nuestra gente? Haz cuenta que le arrebatan con furia diabólica, y le dan golpes muy crueles, y le hacen caer otra vez; y como esto sucede cerca del monte, en un valle muy lleno de piedras, como dice Andricomio, puedes considerar que la caída fué muy dolorosa, por dar su lastimado cuerpo en aquellas duras piedras. Considera cómo embravecidos los sayones le trataron con mas crueldad que en las otras caídas, diéndole: levántate, engañador: ¿tienes fuerzas para predicar tus embustes, y te faltan ahora para caminar? Levántate, pues, y camina. ¡O qué golpes le daban! Este es el pago que le dan por haberles pronosticado la verdad. Ayudó el Cirineo al Señor levantando la cruz, y así se levantó. Aquí tienes ahora otro mayor dolor: habia de subir la cuesta del Calvario hasta la cumbre, y tan sin fuerzas como has visto. Piensa, pues, en la grande pena con que sube cargado con el peso de la cruz; porque el Cirineo iba atras, y cuesta arriba, y así poco le podía ayudar. Fuera de eso llevaban á su divina Magestad con grande priesa; y si cuando á cualquiera hombre sano y robusto le hacen andar apriesa por una cuesta arriba, se ahoga, aunque vaya sin carga alguna; mira tú ahora, y considera cuál iria tu Señor tan quebrantado, tan lleno de dolores y fatigas, cargado con el pesado madero, y sobre todo eso le llevaban apriesa. ¡O Rey de la gloria, y qué afligidísimo, cansado y ahogado os considero, y con todo no os dejan siquiera tomar aliento! ¡O qué cruelmente os llevan, mas arrastrando y cayendo que andando! Pon delante de los ojos del alma este paso, cristiano, cuando se te hicieren cuesta arriba las virtudes; y cuando te vieres cansado de tu cruz, mira con cuánta crueldad hacen subir con la suya á tu Dios, y con cuánta piedad y misericordia te lleva él á ti, y á todo el linage humano.

334. Considera y apercibe las lágrimas y sentimientos, porque ahora has de entrar en el campo de dolores, en donde

tu Dios ha de pelear contra la muerte, contra el mundo y el infierno: mira que es la última batalla. Atiende y considera muy despacio todos los lances, y cómo los juega tu Capitan para enseñarte. Considera, pues, como habiendo llegado el Señor á la cumbre del monte, mas muerto que vivo, y casi ahogado, aquellos sayones sobre toda manera impíos y crueles, le dicen que arroje la cruz en el suelo, y que luego al punto se desnude, porque aquella ropa les toca á ellos, y se la han de quitar. Obedéceles el mansísimo Cordero, y trata de desnudarse; pero no pudo su impaciente y maldita crueldad esperar á que por sí se desnudase: asiéndole de sus santas vestiduras, como dice nuestra Señora al beato Alano, con rabia infernal se las fuéron quitando, hasta que llegaron á la túnica interior, que estaba toda pegada á las llagas, las cuales estaban ya por la mayor parte secas; cogieronla por las faldas, y se la echaron por la cabeza; y como dicen muchos contemplativos, era cerrada por el cuello con sola la abertura necesaria para que entrase la cabeza; y así era fuerza que topase en la corona de espinas, y se enredase en ella; y la corona fuera de estar tan encajada, y las espinas bien clavadas en la santísima cabeza, y estar el cabello todo enredado en la corona, y ensangrentado, y la sangre seca, era fuerza que al tirar por la túnica se arrancase la corona, y con ella mucha parte de los cabellos. Imagínate presente á este paso, que es de los mas lastimosos y dolorosos de la santísima pasión: mira lo primero cuando se va despegando lo túnica, las llagas tan grandes que va descubriendo y renovando; mira lo segundo cómo muchas partes del santísimo cuerpo, por estar todo solapado de los azotes, se van pegadas á la túnica, y unas se quedan pegadas, y otras se desuellan hasta llegar á lo vivo; y entónces, despegándose de la túnica, quedan pendientes en el divino cuerpo, con tan grandes dolores, y tan vivos, cuantos puede pensar nuestro entendimiento: mira lo tercero cuando llega la abertura de la túnica á la corona, y allí se embaraza, por ser tan estrecha, y por eso tiran de ella con violencia, y derriban al Señor en tierra; porque ¿cómo se tendria en pié el que estaba tan flaco, y un empellon le derribaba poco ántes? ¿Cómo no lo habian de traer al suelo tirando con tanta fuerza? Considera que no solo le derribaron, sino que tambien le arrastraron, como dice, porque la túnica era de lana, y por eso recia, y los cabellos muy empapados en la sangre seca, y por eso no despedian la

corona con uno ni con dos tirones; y así puedes entender y considerar con profundísimo dolor de tu corazón, que le iban arrastrando, hasta que haciendo hincapié en sus divinos hombros, la arrancaron con tanto dolor como si le hubieran cortado el casco de la cabeza. Ahora te digo yo, hermano mio, que si tú tienes corazón para leer y meditar este paso, como yo para escribirlo, que tu corazón es de piedra como el mio: si no desfalleces en la consideración de esta lástima, tienes la misma tibieza de amor que yo tengo por causa de mis pecados. ¡O Madre dolorosa! Compadeceos de nuestra frágil miseria.

335. Considera cómo está tu Dios tendido en aquel suelo, temblando todo su santísimo cuerpo, y palpitando por muchas partes por la viveza excesiva de dolores. Piensa lo primero que aquel campo, como dice el venerable Beda, estaba todo sembrado de piedras, de huesos y espinas, porque allí apedreaban, degollaban, quemaban y crucificaban á los malhechores. Mira la alfombra que le ponen á tu Dios todo desollado para que descanse, ántes de acostarle en la cama de la cruz para morir: mira cuántas piedras, huesos y espinas se le entrarían por aquellas llagas. Piensa lo segundo en aquel Señor de todo punto desnudo á la vergüenza, y no solo desnudo, sino tambien desollado; y acuérdate que este es el primer lance que juega con el demonio, mundo y muerte, para vencerlos desnudo, ó con la desnudez: ¿cómo le vencerás tú con las galas? Considera despues de esto lo que no has de poder tolerar. Imagina á tu Reyna y Señora, en cuya presencia desnudaron y desollaron á su Hijo santísimo, y mira cuál tendría su dolorosísimo corazón. ¿Qué entendimiento puede penetrar, qué imaginación puede representar, ni qué consideración puede discurrir la incomparable pena de su alma, cuando vió de tan cerca la carnicería y estrago de aquel divino cuerpo; cuando le vió desnudo, herido, maltratado tan inhumanamente, y tendido en aquel suelo, infinitamente mas lastimado que estaba Job en su muladar? ¡O poder infinito de Dios, y cómo resplandeces en conservar esta criatura, combatida de la mas deshecha tormenta de mortales olas que jamas el mundo ha visto, ni verá! ¡Cuán clara se ve tu omnipotencia, conservando una vida entre tantas muertes! ¡O corazón el mas magnánimo de todas puras criaturas! ¡O fortaleza la mas estupenda que puede en pura criatura entender ni el humano ni el ángeli-

co entendimiento! Quitóse nuestra gran Reyna y Señora las tocas de su sagrada cabeza (dice su Magestad á mi padre Santo Domingo, y al beato Alano de Rupe,)\* y con el mayor valor que es posible á una criatura, se llegó al divino Hijo, y se las echó encima de sus divinas espaldas, y el altísimo Rey de la gloria poco á poco se hincó de rodillas, y se ciñó sus purísimas y sacratísimas carnes. Míralos, alma, míralos á los dos: mira á tu Señora, y mira á tu Dios. Si vieras así al padre que te engendró, y á la madre que te parió, ¿qué tal estaría tu corazón? Pues mira que aquel que ves es tu Padre, y aquella Señora es tu Madre. ¡O dolorosísimo Señor y Padre de clemencia! ¡O dolorosísima Señora y Madre piadosísima! Doleos de la desnudez y afrenta de mi alma.

336. Considera cómo en este ínterin estuviéron los verdugos desenredando la corona de la túnica, y viniéron con ella, diciéndole al Señor las injurias y afrentas que siempre, y se la volviéron á poner sobre su divina cabeza, haciéndole nuevas heridas, y renovándole las hechas; y como estaba apretada, y le daban de palos encima para que entrase, puedes considerar que el Señor se sentó en el suelo, y arrimado con sus manos divinas á la tierra, sufrió este nuevo y cruelísimo tormento. Y así que se la pusieron, le mandaron con imperio bárbaro que se levantase y se tendiese sobre la cruz para tomarle la medida para hacer los barrenos; y puedes entender que dándole con los piés en sus santísimas espaldas, le digeron: ea, vaya, y acuéstese: ahí tiene la cama, descanse:† y entónces el Señor con infinita paciencia y humildad se tendió en la cruz, y dió sus divinos brazos y piés á las sacrílegas manos de los verdugos; y habiendo ellos tomado la medida, le mandaron que se levantase, y su divina Magestad, como contemplan algunos, se hincó de rodillas, cruzados sus santísimos brazos; y como Isaac puesto de rodillas ante su padre Abraham esperaba el golpe de la cuchilla, así nuestro dulce Jesus el de su Eterno Padre, y se ofreció para ser sacrificado por los hombres, con infinita caridad y amor, en cumplimiento de su divina voluntad. Dicen otros que se sentó en una piedra mientras se barrenaba la cruz, segun lo pinta la Iglesia en el paso de la humildad y paciencia; y descansando sobre su mano la cabeza, como suspenso, pensaba en la muerte presente, en los tormentos de la cruz, en lo

\* Part. 4. cap. 10.

† Molin. tract. 3. de Pas. p. 2.

que restaba de padecer, en la ingratitude humana, y en los pocos que se habian de salvar despues de tanto padecer, y de tan copiosa redencion, suficiente á salvar millones de mundos; y muy en particular debes entender, que lo que tenia al Señor en aquella triste suspension eran las ofensas de los predestinados. Piensa tú que por su gran misericordia eres uno de estos, y que tus rebeldías las tenia presentes claramente su divina Magestad, y eran parte de su congoja y afliccion: que postrado allí á sus plantas le pides perdon, y propones no darle mas disgusto en tu vida.

#### MISTERIO QUINTO.

*De cuando en el Monte Calvario fué crucificado el Hijo de Dios.*

337. CONSIDERA cómo habiendo barrenado la santa cruz, le mandan al Señor de la Magestad aquellos impíos que vaya y se tienda sobre ella. Obedece el Señor al punto, y sin dilacion. Considera esta obediencia, y dile á tu alma: mi Dios obedece á unos crueles verdugos, y con obediencia tan costosa; ¿y tú no obedecerás á Dios y á sus ministros, aunque te manden cosas muy dificultosas? Llegó el Señor á la cruz, y tendió en ella su santísimo cuerpo. Considera aquellas divinas espaldas tan hinchadas, heridas, desolladas y enconadas de manera que era tocarle en ellas como si tocaran en las niñas de los ojos, y el madero tosco y por labrar. ¡Mira qué sentimiento y qué dolor! Y considerando esto, dile á tu carne: mira la cama en que se acuesta tu Dios, llagado de muchas y mortales heridas; ¿y tú sana y buena buscas cama blanda y regalada? Arrimaron cuatro verdugos cuatro astas al sacrosanto cuerpo para tenerle sobre el madero; porque como era redondo no podía mantenerse encima sin que le tuviesen por los lados. Cogió el uno la mano derecha, como dice nuestra Señora á Santa Brígida, y afirmándola sobre el barreno, cogió el otro un clavo y un martillo, y arrimándolo á la mano por junto al juego de la muñeca, le dió un golpe con el martillo, y tras de aquel otros muchos, hasta que el clavo acabó de atravesar el brazo de la cruz, y se clavó en la

tierra. Considera el dolor del Señor, y como así que el clavo pasó la mano, rompiendo los nervios, y rasgando las venas, todo el santísimo cuerpo dió como un salto arriba, y se quedó en un temblor mortal, con el cual al repetir con el martillo los golpes, se iban encogiendo los nervios, saliendo un copioso arroyo de sangre.

338. Considera cómo habiendo clavado la mano derecha, dice nuestra Señora á Santa Brígida, y tambien lo dice San Buenaventura en sus meditaciones, que por haberse encogido los nervios, le ataron una sogá á la misma mano derecha que estaba clavada, asegurándola para que no se desgarrase, tirando por la otra, y luego asiéron con un cordel la izquierda; y haciendo hincapié en el brazo de la cruz, tiraron con tanta fuerza, que le descoyuntaron los dos brazos por las coyunturas con crueldad indecible, y le desencajaron los huesos del pecho, con tanto sentimiento y dolor, que dijo nuestro Señor á Santa Catalina de Sena,\* que fué este para su divina Magestad el mas sensible dolor que padeció en toda su pasion santísima. Considera cómo ya que lo hubieron descoyuntado todo, llegó al barreno la mano, y asegurándola fuertemente un verdugo, cogió otro clavo grueso y largo como el de la otra mano, y con repetidos golpes del martillo clavó la mano santísima, y así quedaron aspados los divinos brazos con inmenso dolor; y esta vehemencia de dolores no la has de considerar solo en las clavadas manos, sino tambien en las coyunturas de los brazos y hombros, apartadas, y en el pecho abierto; y en donde has de cargar mas la consideracion es en aquel divino corazon, que no solo padecia mortales angustias por la abertura del pecho, que es el muro que lo defiende y conserva; sino que de las manos, comunicándose el dolor por los nervios y venas, y de una y otra al corazon que está en medio, era atravesado con tan vivas lancetadas de dolor, que es imposible ponderarlo; y así debes entender que por instantes agonizaba, y se quedaba como muerto; y á todo esto lo que llegaba á sus santísimos oidos eran blasfemias, oprobios é injurias.

339. Considera cómo con el martirio de las manos y brazos se encogió todo el cuerpo santísimo, las rodillas, los muslos y la cintura, y así estuvo encogido todo aquel tiempo; y con los accidentes de muerte que le daban se enfrió como si

\* In ejus vita, lib. 2. cap. 2.